

LAS IDEAS DE LEOPOLDO ALAS, «CLARÍN» SOBRE LA MUJER EN SU ESCRITOS PREVIOS A *LA REGENTA*

CAROLYN RICHMOND
(Brooklyn College)

UN LUSTRO DE APRENDIZAJE: 1875-1879

El primero en documentar de un modo sistemático las principales opiniones de Clarín acerca de la mujer fue Yvan Lissorgues, quien publicó en 1980, dentro del capítulo II de *Clarín político I* y bajo el título «El problema de la mujer», cuatro importantes escritos del autor.¹ Ahí se apoyaría en parte Juan Oleza cinco años más tarde para su estudio «*La Regenta* y el mundo del joven "Clarín"», donde presenta las ideas de éste acerca de «la condición femenina» (166-72). Volveremos a continuación sobre los aspectos básicos del concepto clariniano de la mujer previo a la publicación de *La Regenta* que este crítico menciona —desigualdad, discriminación, dependencia económica, su idea del matrimonio, el tipo de educación adecuada, la mujer como «diferente» del hombre y lo «eterno femenino». Lo que conviene ahora es subrayar la observación que hace Oleza de que en el pensamiento clariniano falta el «prurito emancipador, según hoy se entiende», y su conclusión de que «en *La Regenta* predominan claramente las opiniones de la primera época del "Clarín" joven, y uno de sus temas centrales es el de la frustración de Ana como mujer». Si la literatura de Clarín está nutrida de ideas, también lo está, por supuesto, de su propia experiencia vital. Así, dentro de sus artículos de crítica aparecidos entre 1875 y 1884,

1. La conclusión de «Distingo. La tolerancia y sus excesos» (1876), «Cartas de un estudiante. Las literatas» (1879), «El amor y la economía» (1879) y un «Palique» de 1891. Cita, también, dentro de sus extensas notas al pie de página, trozos de otros importantes escritos clarinianos que tratan aspectos de la mujer (119-35). Véase también *La pensée philosophique*, por el mismo autor (125-27).

que responden la mayor parte de las veces a una actualidad —la publicación de un libro, un estreno teatral, algún acontecimiento social—, introduce a menudo el autor reflexiones o reminiscencias que provienen de su fondo histórico-personal. Eso se advierte cuando, para dar sólo un ejemplo, al escribir algún artículo desde la corte incluye en él ciertos recuerdos asturianos. En el caso de los relatos de invención, parece acentuarse la distancia temporal entre las circunstancias relacionadas con la inspiración vital y la redacción del texto,² siendo esta última una especie de reacción retardada por efecto, sin duda, del proceso de asimilación interior y conversión en materia literaria de las circunstancias o hechos que dan base a la inspiración original (algo parecido ocurrió —recuérdese— con *La Regenta*, que evoca una Vetusta diez años anterior a la fecha de su redacción, la de los años de la restauración borbónica [Bécarud, 11-30]). De modo que, si una gran parte de los escritos críticos clarinianos en que asoma el «problema de la mujer» se publicó en 1878 y 1879 —cuando, dicho sea de paso, ya conocía el autor a la que sería su esposa—, la mayoría de los relatos que contienen el reflejo ficticio de tales ideas fueron escritos después, entre 1880 y 1882.

Para subrayar el desarrollo de las ideas de Leopoldo Alas acerca de la mujer en la época anterior, así como su subsiguiente reflejo en obras de ficción, conviene proceder de un modo estrictamente cronológico, empezando por el 23 de octubre de 1875 cuando apareció en *El Solfeo* un artículo titulado «Azotacalles de Madrid. La procesión por fuera. —«La beata»» (*Preludios*, 26-28), donde, tomando como punto de partida algunas «manifestaciones externas» de la religión católica —o sea, procesiones por las calles de la capital—, termina hablando de lo que en ellas «repugna»: la beata, cuya versión madrileña —«la beata refinada»— compara en seguida con las que ha conocido en su pueblo: «el desabrido ascetismo, la *piedad sin entrañas*, el orgullo de la virtud mezquino, artificial, todas esas aberraciones que engendra en cerebros y corazones poco ilustrados y fuertes una mala interpretación de doctrinas muy difíciles de practicar rectamente, todo ello junto ha creado la beata del lugar». Esta descripción, cuyo estrecho parentesco con el mundillo de la beatería vetustense pintado casi diez años más

2. Escribe en 1879: «La literatura buena más espontánea es aún más arte que naturaleza, en toda obra literaria, digna de vivir, la reflexión entra por mucho, y con las pasiones vivas, agitadas, no se trabaja como sobre el mármol: el artista de genio no modela en rojo, necesita que el metal se enfríe. Dante transfigura a Beatriz, cuando es un recuerdo intenso y vivo, pero solemne y sereno: Goethe, al ver escrito el *Werther*, da por vencida su pasión, que creyera invencible» («Cartas de un estudiante. Las literatas»). Los cuentos de *Pipá* son los únicos fechados por el autor al terminarlos, mas Clarín solía publicar sus escritos en la prensa del día poco después de redactarlos, así que creo que puede hacerse esta constatación.

tarde en *La Regenta* es obvio, no tiene nada que ver, sin embargo, con el cerebro y corazón ilustrados, y seguramente menos fuertes de Ana Ozores, quien, como la beata de Madrid, «vive en el mundo». Luego pasa a imaginarse la vida interior de tal mujer en cuya fantasía «hay ahora un poema a lo Chateaubriand». En contraste con su retrato de la beata del lugar, el que hace Clarín de la madrileña es más suave, pues, compadeciéndola, concluye que «es preciso no ensañarse con una pobre mujer; yo prefiero, si es posible en justicia, echar la culpa a algún hombre». Ya las palabras «una pobre mujer» comunican al lector la actitud de condescendencia que asumirá Leopoldo Alas hacia los miembros privilegiados del sexo opuesto a lo largo de su vida. «¿Quién tiene la culpa de que tantas mujeres (porque son muchas) se conviertan en otros tantos Quijotes con devocionarios?» pregunta al final, convencido de que la responsabilidad no puede ser de ellas solas: «¡Sus directores espirituales!» ¿Quién tendría, pues, la culpa de que Ana Ozores se convirtiera en beata? Su director espiritual.

Semejante condena de la influencia malsana ejercida sobre la mujer por los neo-católicos se encuentra en «La tolerancia y sus excesos I y II», publicados en *El Solfeo* el 15 y 19 de septiembre de 1876 (Lissorgues, *Clarín político I*, 119-121), donde advierte contra los malos efectos que pueda tener en una mujer virtuosa —y en el amor— el fanatismo católico. Estas mismas ideas aparecen, casi un año después, en su apasionado comentario a la segunda parte de *Gloria* de Galdós (*El Solfeo*, 29-30 junio 1877; *Preludios*, 120-24). *Gloria*, ese «bello ideal de la mujer», no es responsable de su conducta, pues, al «cumplir con su deber», obedece a una autoridad religiosa «fanática y despiadada». Han influido en ella tanto su educación como el medio ambiente. *Gloria*, al fin, es mujer, casi niña, débil, y las fuerzas que luchan contra ella inmensas, terribles, implacables.» Si termina cobrando fuerzas para ir a morir al lado de su esposo e hijo, concluye ahí, es gracias a «elementos puramente fisiológicos; sí, la *natura naturans* ayuda a la causa de la razón». Otra vez una mujer buena merece la disculpa de Alas por ser débil y por haber sufrido la influencia de una autoridad religiosa fanática; introdúcese aquí también el tema de la fuerza fisiológica que la maternidad otorga.

El 22 de enero y 7 de febrero de 1878 publica Leopoldo Alas en *El Solfeo* dos escritos, «De burguesa a cortesana» y «De burguesa a burguesa» (*Solos*), donde satiriza a un tipo de mujer que volvería a aparecer, en forma más desarrollada e individualizada, en otras obras de ficción: la señora casada y madre de familia déspota, superficial, tonta y presuntuosa. Interesa sobre todo en estas dos supuestas cartas de doña Purificación de los Pinzones de Covachuelón el uso de la primera persona para ofrecer, utilizando un estilo lleno de giros característicos de una mujer de ese tipo, un autorretrato de la imaginaria corresponsal. Poco después, vuelve a ocuparse seriamente

nuestro autor del «problema de la mujer» en una crítica de *La mujer. Defendida por la historia, la ciencia y la moral* por E. Rodríguez Solís, donde amplía algunas de las ideas ya expuestas, añadiendo otros toques de interés para el tema: «Respecto de la mujer, sólo sé que no sé nada, y que a los demás les sucede cosa parecida», empieza por decir, recalcando en seguida su diferencia fundamental del hombre: «Y esto se explica: en mi opinión, la mujer representa en la humanidad el predominio de lo inconsciente. La mujer es *natura naturans* —término «este utilizado antes para describir a Gloria—, y no hay que darle vueltas.» Adelantándose a una cita de Rodríguez Solís —«El hombre ha prostituido a la mujer»—, pregunta Clarín: «¿y los pobrecitos hombres? ¿por qué se les ha de echar a ellos toda la culpa? Entre el hombre que es fuego y la mujer que es estopa, ¿quién es el responsable? Yo creo que el verdadero responsable es el diablo que sopla. Nada hay como lo sobrenatural para explicar satisfactoriamente las cosas», palabras que anticipan la descripción de la atracción sexual que sentirá el magistral en el cuento *El diablo en Semana Santa*. En realidad, según Clarín la responsabilidad por esta *prostitución* de la mujer hay que echársela directamente a los clérigos y legisladores. Sus reticencias frente al libro de Rodríguez Solís son en su mayoría de tipo moral, referidas a la parte del estudio que trata de la fisiología de la mujer: «Sería lamentable», escribe ahí, «que las mujeres tomasen demasiado al pie de la letra la teoría de que *son enfermas*. Sea lo que quiera de la matriz, hay deslices indisculpables [...]. La responsabilidad moral existe a pesar del *gran simpático*, y las señoras mujeres no deben olvidarlo». «Contra la fatalidad física», concluye, «se defiende la sociedad». Ana Ozores, muchos de cuyos problemas fisiológicos parecen estar relacionados con la matriz, jamás dejará de luchar contra su *fatalidad física*...

El 25 de julio del mismo año publica Leopoldo Alas en la *Revista de Asturias* una graciosa y sumamente lograda narración de amor, desengaño y venganza titulada *Doctor Sutilis*.³ El retrato de Restituta, la caprichosa niña que se casaría con un guapo aunque nada interesante capitán de cazadores, rechazando los juveniles amores románticos de su primo, está hecho con una ironía tras de la cual se percibe el rastro de un auténtico dolor sufrido por el escritor. La curiosidad de esta joven invitará la venganza tardía de su primo; y de esto, dice el narrador, nadie tiene la culpa: «Restituta comenzó a comprender el amor puro, ideal, cuando la Naturaleza —*natura naturans*— ya había satisfecho sus primeras necesidades [...], cuando las tinieblas caliginosas dieron paso en el cerebro de la hermosa

3. Muchos de los cuentos incluidos en este volumen están reproducidos en las *Obras selectas* de Leopoldo ALAS. Incluyo —y comento— éste, así como otros varios de los tempranos, en *Treinta relatos* (192-203), de cuyas páginas cito.

niña a un poco de luz.» Desgraciadamente será demasiado tonta —así se la presenta— para pensar demasiado en su *responsabilidad moral*.

En su crítica del drama de adulterio y castigo *El nudo gordiano* de Eugenio Sellés, publicada en *La Unión* el 17 y 20 de diciembre (*Solos*), se ocupa del problema del matrimonio. Otra vez aquí ante el conflicto y sus sangrientas consecuencias echa la culpa a la sociedad... y al «empirismo religioso, donde se procura mantener la forma y se abandona la moral, donde el matrimonio se crea por ceremonias, muy respetables y poéticas, pero que en realidad no son la esencia del matrimonio». «Si el matrimonio no fuera una pura fórmula que tanto se parece a la absurda teoría del contrato», escribe un poco después, «sino la cosa en sí, la unión real, constante, inquebrantable de los esposos, desde el momento en que la fidelidad faltase se vería que no existía el vínculo, que la sociedad estaba deshecha. [...] Dios ata el lazo, es un sacramento, es indisoluble, y en su consecuencia se crea la fatalidad; y la honra, que debía ser materia de libre albedrío, se ve atada a esa fatalidad; y mi honor, es decir, la dignidad de mis actos, depende, por esta cadena de absurdos, de actos ajenos.» Son ideas que se manifestarán en otros lugares, y que podrían tenerse en cuenta al analizar la conducta de don Víctor cuando se entera del adulterio de su mujer.⁴ Toda la saña de Clarín contra la influencia de los neo-católicos en la vida conyugal sale a la superficie con la descripción que hace del protagonista en su personalísima interpretación de la primera parte de *La familia de León Roch* de Galdós, que apareció en *La Unión* el 24 y 26 de diciembre de 1878 (*Solos*). Busca León en el matrimonio «una felicidad honesta». Y María Egipcíaca «es la compañera que escoge el pobre sabio para realizar sus legítimos ensueños». La *culpa* de sus problemas, la tiene —naturalmente— un sacerdote, y las «mismas cualidades de María, que pudieran hacer esperar de ella una mujer dócil, capaz de comprender verdades a fuerza de amar, de intimar con el sabio por querer mucho al hombre, esas mismas cualidades, minada el alma inocente por la zapa del confesionario, se convierten en enemigos».⁵ También en futuras narraciones clarinianas aparecerá la figura del sabio malcasado. Y en cuanto al ideal de la *perfecta casada* sugerido aquí, se ve que para Leopoldo Alas era una mezcla de docilidad, comprensión y un amor total e incondicionalmente vertido hacia el marido.

4. Para un enfoque algo distinto de este personaje, véase mi estudio «El heroísmo irónico de Vetusta».

5. En su reseña de la segunda parte de *La familia de León Roch*, publicada el 23 de enero del año siguiente en *La Unión*, volverá Clarín a insistir en el interés que ha puesto Galdós en «la figura de la *imperfecta casada*», así como en el «derecho» de la esposa, elogiando su «acierto» al «no quebrantar el lazo del matrimonio» de un modo precipitado, echando a culpa de la conducta de María no a ella misma, a pesar de «influjos tal vez hasta fisiológicos», sino más bien a la falsa religión (*Solos* 310-13).

Clarín ampliará su personal concepto de la mujer ideal en «Un prólogo de Valera», extensa crítica al que había escrito dicho autor para una traducción del *Fausto*, que apareció primero en *La Unión* el 5 de enero de 1879 (*Solos*) y donde se percibe el arraigado moralismo de Leopoldo Alas. Elogia ahí a Margarita, «la más hermosa criatura de Goethe y acaso de la literatura moderna. Margarita es el triunfo de la burguesía en el arte; de la clase media en la poesía». Reconoce que Goethe la ha idealizado, mas cree que tal poesía es necesaria en la literatura actual, cuyo «positivismo ya no admite lo eterno femenino, y en punto a femenino se queda con la planchadora de su casa, que no es eterna, pero es real, palpable; en una palabra, positiva». Tal contraste entre lo «eterno femenino» idealizado y el positivismo del medio ambiente se dará en *La Regenta*. Su admiración por Margarita vuelve a aparecer en la primera de tres «Cartas de un estudiante. Las literatas», publicadas en *La Unión* el 27 y 29 de julio y el 4 de agosto del mismo año (la primera reproducida en Lissorgues, *Clarín político I*, 123-26), para establecer una alternativa positiva a un tipo de mujer «anafrodita», pues «dejar el eterno femenino para escribir folletines, críticas de pacotilla, versos como otros cualesquiera, novelas y libritos de moralidad convencional, repugna a la naturaleza». Las literatas, según Clarín, suelen ser feas, y «sabido es que las feas son las más románticas, en el sentido singular que las chicas bonitas dan a esta palabra; y ese romanticismo, casi siempre erótico-místico se derrama muchas veces en forma de tinta» —palabras éstas que recuerdan algunos de los prejuicios de los vetustenses al comienzo de *La Regenta*.⁶ Contrasta a la fea literata con la mujer hermosa, que debe *inspirar* al escritor. Margarita vale más, también, que todas las escritoras legítimas (y «ninguna mujer ha escrito una obra de primer orden», añade); sería ridículo que ella tomara la parte activa. La mujer debe ser pasiva, receptora de las atenciones del hombre e inspirarle. Así, no debe tratar de decir «con letras inertes lo que hubieran dicho hartos mejor los ojos con la música inefable que tienen las miradas... de las mujeres hermosas». Y como la mujer es el sentimiento, y las que escriben bien «escriben de sus sentimientos, y los sentimientos de las mujeres, son como ríos que van a dar a la mar del amor», carecen aquéllas de la «tranquilidad olímpica» necesaria para «dar a sus propios sentimientos ese sello de universalidad que adquieren, haciéndose inmortales, los de Shakespeare, Cervantes, Goethe, etc.».

6. Al hablar del «derecho» que tiene la mujer a escribir, dice que no se lo puede negar, añadiendo algo curioso: «es más, yo soy tan liberal como los que se lo conceden aun sin permiso del marido (*yo me he de casar con una literata*), pero ese derecho sólo se ejercita con una condición: la de perder el sexo» [cursivas mías], paréntesis que me hace preguntarme si quizá estos artículos no fueron escritos con la intención secreta de persuadir a su novia a que abandonase tal ocupación...

Esta supuesta comprobación de la «inferioridad de las grandes escritoras, respecto de los grandes escritores» es, como él mismo dice, una especie de preparación para lo que sostendrá en el segundo artículo acerca de «las literatas de menor cuantía», donde, tras recordar que las literatas pertenecen al «*sexo débil*», concluye que si los literatos —otra *bête noire* de Clarín— son débiles, «¡qué serán las debilidades de la debilidad, de la mujer literata!» Para demostrar la inferioridad y ridículo de esta especie, pasa a narrar una supuesta visita que le hicieron a él dos de ellas, doña Ermeguncia —una solterona alta, gruesa, con bigotes y aficionada al alcohol— y doña Quirotecas —casada, fea y vieja, utilizando para su retrato el diálogo, técnica ésta que recuerda las antes mencionadas cartas de la burguesa. El resultado es un cuadro de costumbres a lo Larra, una sátira despiadada, que sirve como ilustración de sus teorías al paso que las dos señoras van autorevelándose al divertido anfitrión y escritor. Digno de señalar en esta parodia es el cambio de papeles en la casa de la católica y moral doña Quirotecas, cuyo marido es, según ella, «una especie de *perfecta casada*», y la descripción que hace doña Ermeguncia de sí misma como «la mujer del porvenir» que reclama el privilegio del libre examen, pues «el hombre debe admitir todas las consecuencias de la emancipación». Estas «caricaturas», dice el autor al final, resumen los caracteres de literatas madrileñas que él mismo ha conocido. Lo que se saca en limpio de estos textos es que Leopoldo Alas tenía un concepto sumamente conservador y tradicional —*prejuicios*, diríamos hoy día— acerca de lo que debía y no debía hacer ese ser tan diferente del hombre que era la mujer.

Varios días después, el importante artículo «El amor y la economía»⁷ irá «cuasi-dedicado a las mujeres», por lo cual, dado el escaso número de doctoras —ya desde el comienzo establece el acerbico tono de condescendencia burlona—, necesita «explicar las palabras técnicas». En su actitud inicial frente a ciertos representantes del sexo opuesto se percibe un irónico desdén semejante al que tenía para con las literatas, aunque en el fondo de lo que dice yace, sin embargo, un serio problema: el de la mujer de la clase media sin recursos económicos propios cuyo único «oficio» o «carrera» es el amor, o sea, el casamiento. Es cierto, pero en vez de tratar esta situación social seriamente y con dignidad, no puede evitar el tratamiento humorístico de la situación femenina: «La joven de la clase media por lo general no tiene dote [...], todo su porvenir está encerrado en atrapar marido; la lucha por la existencia se determina en este sentido. ¿Y qué ha de hacer el amor, que al fin es juego, por hermoso que sea, donde se trata de vencer en el combate por la vida?» Hay, pues, un contraste básico entre el hombre,

7. Leyéndolo fuera del contexto vital, Fernando Ibarra interpreta este artículo como «valiente y radicalmente revolucionario» («Clarín y la liberación de la mujer» 27).

que no ve más que la «parte no utilitaria» del amor, y la mujer, que «ve en el amor el interés, lo útil, el *modus vivendi*, y en él se conduce como el hombre en los negocios. ¿Que un negocio sale mal?, pues a otro».

Esta guerra entre los sexos se establece, como dije, desde el comienzo mismo del artículo, donde justifica en sus supuestas lectoras —recuérdese que el escrito fue sólo *cuasi*-dedicado a las mujeres— su elección de un novio o marido «económico», ya que «Uds., pías lectoras, suelen casarse por la economía», desdeñando o dejando a «los poetas y los filósofos, gente pulcra de suyo, incapaces de hacer un cuarto de un ochavo» «por un indiano (que llevó a costas todos los sacos que desembarcaron en las Américas)», pues «el novio económico suele ser más viejo y más feo que el otro». Irónicamente sugiere como solución: «o hagamos ricos a todos los hombres para que la mujer pueda escoger, no según la economía, sino según el amor», o «pongamos a la mujer en condiciones de ganarse la vida, de ser económicamente libre, independiente, para que si su corazón se lo pide pueda cargar con uno de tantos amadores sin oficio ni beneficio». El artículo termina con el grito, «solteras, víctimas de la preocupación social, que os niega el derecho al trabajo, rebelaos, emancipaos [...], servid a la libertad económica, haceos independientes ganándoos la vida con vuestra actividad [...]». Pero cuidado, no hagáis lo que los hombres; que no os dé por la empleomanía, porque entonces se acaba el mundo». Sin embargo, y a pesar de la realidad de la situación de la mujer frente al matrimonio —recuérdese las opciones de la joven y pobre Ana Ozores—, Leopoldo Alas no querría de ningún modo que se borrara esa maravillosa *diferencia* que hay entre hombres y mujeres.

Las dos actitudes frente a las mujeres reseñadas hasta aquí aparecerán en *Pipá*, novela corta escrita quizá en esta misma época, pues está fechada «Oviedo, 1879», donde el contraste entre lo bueno y lo malo está reforzado por otro que se da en su texto entre los tonos de blanco y negro. Con humor está retratada, brevemente, la señora Sofía, «digna esposa» del celoso y sabio librero señor Benito, mujer cuya propensión por el cuerpo de carabineros conoce muy bien el protagonista. A la beata «Maripujos, el cancerbero de Santa María, una vieja tullida que aborrecía a Pipá, con la misma furia con que un papista puede aborrecer a un hereje», la convierte Clarín en una verdadera bruja (*Pipá*, 103-45). En cambio, la pobre madre del niño, cuyas tiernas canciones le recuerdan a Pipá la voz de su novia la Pistañina, representa para él «el dios bueno»: la escena en que se la describe asistiendo con su hijo a la misa de Gloria en la catedral anticipa la de *El diablo en Semana Santa*. Más idealizada aún es otra madre, la hermosa Julia, marquesa viuda de Híjar, comparada —como lo será Ana Ozores— a *La Virgen de la Silla* de Rafael, la cual, con su hija Irene, constituye una especie de paralelo con la madre y novia del pilluelo.

Todo lo reseñado hasta aquí parece haberle servido a Clarín como una especie de preparación teórica para el gran brote creador del año 1880: seis —quizá siete— son los relatos cuyos personajes femeninos puedan ilustrar las ideas de nuestro autor acerca de la mujer. Ciertamente reitera de forma escueta algunas opiniones suyas sobre la confesión, el matrimonio, y las poetisas feas y hermosas en una serie de «Cavilaciones» publicada en la *Revista de Asturias* el 11 de junio (*Solos*), pero de éstas citaré sólo el aforismo que, por ser lo que es, debe tomarse con un grano de sal, acerca del matrimonio, cuyo comienzo dice: «El matrimonio es una gran institución, pero se celebra al revés. La ceremonia debía dejarse para el último día de la unión en la tierra.» Este tipo de irónico humor caracterizará gran parte de las narraciones de ese año.

Las primeras aparecieron en marzo. *La mosca sabia*, que es una verdadera joya literaria, fue publicada en *Los Lunes de El Imparcial* el 1.º y 8 de ese mes (*Solos*; *Treinta relatos* 138-54). El astuto juego a lo largo del relato entre seres humanos y animales sirve de fondo para los dos amores de *sabios* ahí relatados, amores cuyos destinatarios femeninos ofrecen un cierto paralelo entre sí. Plántese en este texto un problema básico sugerido ya en *Doctor Sutilis* así como en «El amor y la economía», problema serio tratado casi siempre con amargo humor y que volverá a aparecer con frecuencia en la obra de Clarín: «El sabio es el más capaz de amar a la mujer; pero la mujer es incapaz de estimar al sabio» (I).⁸ Si en este último artículo las mujeres optan materialistamente por un marido *económico*, en *La mosca sabia* la hermosa, caprichosa y seductora mosca a quien tan perdidamente adora la sabia y «casta mosca, enamorada del ideal» resulta ser «la enamorada de la podredumbre» (II), desengaño que tampoco cura al amante, pues aún dándose cuenta de que es ella todo lo contrario de la virgen ideal, seguirá queriéndola de un modo ciego. Por eso, la única salida posible —la que busca y logra por fin— es la muerte. Frente a esta actitud romántica, el borracho sabio Macrocéfalo resulta más realista: dice que su amiga Friné —nombre, por cierto, de la famosa hetaira griega— «habla como una co-torra, y no es ese el caso. Friné habla como ama, sin saber lo que hace; aquello no es amar ni hablar. ¡Pero vaya si es hermosa!» (III). La mujer coqueta y poliándrica es un tipo no infrecuente en *La Regenta* —piénsese, por ejemplo, en el flirteo de Obdulia con don Saturnino Bermúdez—, donde la mujer será tratada a su vez por el hombre como objeto sexual.

8. Estudio a este tipo literario en «Análisis de un personaje secundario de *La Regenta*: Don Saturnino Bermúdez». Clarín incluía bajo la denominación de «sabio» tanto al filósofo como al poeta.

El 21 de marzo publicó Clarín en *La Unión* «Los sábados de doña Quirotecas. Cuadros de la anarquía de las letras. I».⁹ Es otro texto de tono costumbrista donde vuelve a aparecer, esta vez en la intimidad de su casa, una de las literatas cuya visita había descrito en las antes referidas «Cartas de un estudiante». Pinta el relato el efecto ejercido por esta señora sobre su pobre marido y esclavo don Baudilio de Llobregat, entre cuyas responsabilidades domésticas figura el cuidado de una amorosa pareja de perros de lana, Safo y Faón, descendientes ambos de una rusa. Aquí la frustración y rabia del dominado marido se vierte hacia la sucia y lasciva perra, a quien termina arrojando un día por la ventana, pues «Faón era más aseado y no podía parir». No llega a establecerse aquí un paralelo demasiado directo entre la perra y la mujer, aunque sí se sugiere la remota analogía de la liviana perra con doña Quirotecas, de quien se da a entender que mantiene una amistad íntima con un «filósofo» llamado Ermeguncito —el mismo nombre ridículo, dicho sea de paso, de la otra literata en el escrito anterior. Lo que sí caracteriza esta amarga sátira es un odio hacia la hembra dominadora y hacia la fornicadora.

Pocos días después —el 24 y 27 de marzo— salió en el mismo periódico *El diablo en Semana Santa (Solos)*, donde el autor establece un interesante paralelo entre el tentado magistral y el «caballero de elegante porte» que está al lado de la jueza durante la misa (*Treinta relatos* 254-55, 261-73). Esta hermosa y devota madre está presentada con la mayor seriedad, primero atrayendo involuntariamente la mirada del sacerdote, y luego, junto con su hijo, en una tierna y graciosa escena de tipo familiar —recuérdese la de *Pipá*—, escena cuya idealización viene matizada por el hecho de que el hombre —especie de doble del magistral—, que tan cariñosamente trata al niño, no es por cierto su padre... Con gran sutileza sugiere Clarín la relación entre la jueza y dicho caballero, relación presentada mediante la mirada del canónigo, y en la que todo se comunica a través de la vista. Estimulada por la voz de tiple de un colegial, la imaginación de este último halla en la música «aquellas líneas que son símbolo en la mujer de la idealidad más alta, o aquellas otras que toman sus encantos del ser ellas incentivo de más corpóreos apetitos». En efecto, la gran fuerza del relato estriba en la poderosa tentación, despertada en el hombre, quien se siente atraído por «la voz del deseo», «la voz del amor», «la bien amada», y que termina por decirle: «Mira hacia atrás: ¿no oyes que me acerco? ¿Quieres ver mis ojos y morir de amor? ¡Mira hacia atrás, mírame, mírame!...» Estas palabras, de un romanticismo desenfrenado, establecen una tradicional contraposición entre la mujer ideal y la sensual, entre la *buena* y la *mala*, desde el punto

9. Fragmento subtítulo «La casa, la sala, el perro, el marido y otros pormenores», del que, al parecer, no hubo jamás la prometida continuación.

de vista del varón que se siente atraído por ellas contra su propia voluntad. El inocente sujeto-objeto de esta tentación, la jueza, reúne ambas características, ya que esta madre idealizada, según nos explica el narrador, había sentido ese mismo día «grandes antojos de algo extraordinario, sin saber qué; algo, en fin, que no fuera el juez del distrito; algo que estuviera fuera del orden; algo que hiciese mucho ruido, como los besos que ella daba al arcángel de la melena; más todavía, como los latidos de su corazón, que se le saltaba del pecho pidiendo alegría, locuras, libertad, aire, amores...» En comparación con la poderosa voluptuosidad de los sentimientos del magistral, los de la dama resultan vagos, artificialmente elevados, como si no fuera ella un ser de carne y hueso. Algo semejante pasará, creo yo, con el personaje de Ana Ozores, en el que quiso pintar Leopoldo Alas a la mujer virtuosa, involuntaria tentadora de hombres y cuyos *antojos de algo extraordinario* la llevan, por fin, a la caída: son antojos imprecisos, indefinidos, poetizados por el narrador —antojos pintados más desde fuera que desde dentro de la mujer.

Con *El doctor Pértinax*, publicado en *La Publicidad* de Barcelona el 8 y 29 de julio (*Solos*), vuelve Clarín a un tono irónico, cuyo humor encubre una visión pesimista de la mujer. La agonía del moribundo filósofo ateo está presenciada por su ama de llaves Mónica, «vieja impertinente y beata», a cuyo «sobrino» —hijo de ellos dos— promete dejar como heredero. En esta escena inicial Mónica está presentada como mucho más *impertinente* aún de lo que hubiera podido imaginarse el viejo, pues en momento tan solemne se acuerda de «un tambor mayor, de grandes bigotes y de gallarda apostura», padre, como se enterará el protagonista al final de su sueño celestial, de ese hijo que creía suyo. Ha vivido engañado, pues, por esa «bruja». Tenemos otra vez aquí al personaje del sabio «tonto de capirote y con muchos humos en la cabeza...» que ha sido burlado, si no por su legítima mujer, por su pretendidamente «fiel» criada, cuyo retrato en el cuento no pasa de ser una graciosa caricatura.

El 15 de septiembre apareció en *La Publicidad* la primera de dos narraciones cuyo punto de partida es el suicidio.¹⁰ Titulada *Novela realista* (*Doctor Sutilis*, 137-45), es un relato cuya ironía raya en el cinismo. El derecho al suicidio había sido defendido cuatro años antes, en el artículo «El Conill» por Clarín (*El Solfeo*, 10 de septiembre de 1876; *Preludios*, 84-85), quien aclara ahí, al mismo tiempo, su condena personal de dicho acto. Presenta cuatro diferentes puntos de vista: los apuntes del soltero suicida, jefe de don Restituto, encontrados en su bolsillo; una corta confesión de doña Paz, gorda e histérica mujer del mismo, antes de matarse; un párrafo del periódico local, relatando lo que en efecto ocurrió; y la reacción del

10. Quizá por eso mismo no los recogió el autor en *Solos*.

viudo Restituto al leer lo que dejó escrito su difunta esposa. La sátira que hace el futuro suicida de la mandona doña Paz, «esa Mesalina de la calle de las Postas», quien domina por completo a su pobre marido, es de una crueldad sólo en parte aliviada por la lectura de la patética confesión dejada por ella en su libro de cuentas, confesión escrita con unas grotescas faltas de ortografía, donde declara que, tras ser ignorada, de joven, por el entonces «Pueta, soñador» que es ahora el jefe de su marido, se casó con éste «sin hamor» y, habiéndose despedido del romanticismo juvenil, se dedicó a «Enjorrdar y Enjorrdar y hazquirir un genio muy malo». No hay felicidad posible, pues, en este relato: si el deseo de morir del narrador principal «es más vehemente contemplando esta cópula canónica y civil que se llama ante el mundo matrimonio, y en el hogar es la explotación del hombre por el histérico», el casarse sin amor puede traer consigo consecuencias graves... Es un texto duro, despiadado, que más que *La Regenta*, anticipa el ambiente familiar de *Su único hijo*.

La segunda narración, el relato inacabado *Kant, perro viejo* publicado en el mismo periódico barcelonés el 2 de diciembre de 1880 y el 2 de enero de 1881, fue rescatada del olvido por Sergio Beses.¹¹ Narrado en primera persona por un desengañado «perro filósofo» a punto de matarse, el texto ofrece, otra vez, dos historias amorosas paralelas: la de Oscar, perro de lanas, nacido «de los amores incestuosos de Safo y Faón, perros oriundos de Rusia» —recuérdense los perros de doña Quirotecas—, y la del cornudo sabio y filósofo su amo. Las figuras femeninas evocan otras anteriores: una esposa adúltera que, siendo en este caso abandonada por su amante, se convierte en beata, y «una lindísima perrita de lanas» que había conocido antes en el Retiro, quien, tras atraer al tímido e indeciso perro, pasa a intimar con un galgo inglés. Dos infieles, pues, presentadas desde el punto de vista de los filósofos engañados. De sumo interés en este escrito es la descripción del desastroso flirteo perruno dentro de una iglesia, en el curso de un sermón acerca de «los satánicos encantos de la lujuria» durante el cual Oscar ve «pies de gallardos mancebos que pisaban pies o faldas de lindas mozas», etcétera. Esta «atmósfera de pesada voluptuosidad» en la que se mezcla lo religioso y lo sensual anticipa varias importantes escenas de *La Regenta*.

Hay todavía otro relato de suicidio —quizá el más inquietante de todos— del que no tenemos ninguna fecha de publicación en la prensa, aunque sí fue recogido póstumamente en *Doctor Sutilis*. Se trata del titulado *La perfecta casada*, que tanto por su tono como por su final me parece pertenecer

11. BESER, «En torno a un cuento olvidado». Además de reproducir el texto clariniano, Beser ofrece aquí un comentario del mismo así como de otros de esa época, con ideas sobre las que volverá en su introducción a *Clarín* y «*La Regenta*».

a este grupo de narraciones tempranas de Clarín (*Treinta relatos* 181-84). Inquietante, porque «el *beato*» don Autónomo Parcerisa, tan felizmente casado con Serafina, esposa y madre ideal, termina volviéndose loco «de pura felicidad doméstica» y matándose «*por no aguantar a la perfecta casada*». La lección filosófica que saca de esta conducta «cierto solterón empedernido amigo del difunto» es ésta: se mató por no aguantar a su mujer, pero «su mujer es la mejor del mundo. Luego... la mejor de las mujeres es inaguantable. ¡Lo que serán las otras! ¡Y lo que será el matrimonio!» Dentro del irónico tratamiento del tema hay un mensaje pesimista para el público lector femenino, pues aún desempeñando *perfectamente* la *carrera* u *oficio* del matrimonio, no puede salir bien. También la perfección conduce al vacío.

El 8 de agosto de 1881 apareció en la *Ilustración Española y Americana* (*Doctor Sutilis*) el último de los tres cuentos de *doctores*, última manifestación, también, por su contenido y tono, de aquel brote de actividad literaria con que coronó Leopoldo Alas sus años veinte. *Doctor Angelicus* es un divertido estudio del amor desde tres puntos de vista: el del sabio doctor Pánfilo, casado ya entrado en años con la hermosa Eufemia; el de ella, una chica buena, cariñosa, que «no tenía nada de particular, a no ser su primo»; y el del primo, Héctor González, alférez de Ingenieros, quien sólo se fija en su prima al verla casada. El sesudo marido cincuentón, de cuyo diario inédito se cita, idealiza a su joven musa; ésta quiere a su esposo por «obligación»; y el primo, ayudado, en parte, por las buenas intenciones del pánfilo Pánfilo, lleva a cabo sus proyectos de seducción. Tenemos aquí otro ejemplo de un matrimonio sin amor, matrimonio de edad desigual entre los cónyuges urdido por una tía de la niña, que anticipa el de don Víctor con Ana Ozores en *La Regenta*. Lejos de traer consecuencias trágicas, se sugiere ahí que el adulterio del cuento va a ser consentido. El sabio marido del relato es patético; su mujer, una tontona. El papel del seductor se reduce a poner de relieve lo absurdo de ese matrimonio.

LOS RETABLOS DE «PIPÁ»

El 25 de abril de 1882 cumple Leopoldo Alas treinta años. Con su propio matrimonio ese verano, su estancia en Zaragoza y su instalación, por fin, en Oviedo se inaugura una nueva época en su vida. También los ocho cuentos que constituirán, junto con el que le da su título, el volumen *Pipá*, escritos todos ellos entre 1882 y 1884, evidencian una mayor seguridad y madurez narrativas, preparando el terreno, tanto técnica como temáticamente, para *La Regenta*. Como son textos mucho más conocidos por los lectores actuales, me limitaré a comentar aquí lo que interesa en ellos para el desarrollo de las ideas de nuestro autor acerca de la mujer.

Un documento, fechado «Madrid, junio 1882», parece ser la última obra de ficción salida de la pluma del Alas soltero. El retrato que en él se ofrece de la duquesa del Triunfo, experimentada adúltera y seductora del joven escritor Fernando, está hecho desde un punto de vista de superioridad con una combinación de burlona compasión y desdén, visión distanciada que no impide, sin embargo, cierta individualización del personaje, pues quizá sea éste el primer relato en que un personaje femenino deja de ser un mero tipo para adquirir verdadera y auténtica identidad propia. Es más, como en ningún momento está idealizada por el autor —¡todo lo contrario!—, nunca resulta sosa. Las escenas en que se la pinta a solas, en su intimidad, anticipan a su modo, a *La Regenta*, pero en manera inversa, por cuanto que Clarín no simpatiza nada con su duquesa. Ahora bien, este «Don Juan del sexo débil» y pésima lectora está presentada únicamente dentro del cuadro de su vida amorosa, en relación con los hombres, ya que sólo en eso reside su razón de ser.

Dos de los tres relatos fechados «Zaragoza, 1882», tienen como tema el adulterio, que sigue tratando Clarín con despegada distancia. La «famosa actriz y tiple ilustre» de *Amor' è furbo*, Gaité Provenze, esposa de Brunetti, es otra mujer libre —tan libre, en efecto, que complace al marido echándose en los brazos de una serie de amantes—, y vive tanto para los hombres como para el arte (*Treinta relatos*, 204-19). Hasta su relación con el poeta Formi, a quien quiere de veras, está tratada con humor. El hecho de que este alegre cuento sea único dentro de la producción clariniana, tan caracterizada por el moralismo del autor, no quiere decir que el personaje de Gaité sea más convincente que otros personajes femeninos suyos; al contrario, es un esbozo rococó dentro de una comedia en que todos los personajes no hacen más que representar papeles. La adúltera esposa de *Mi entierro*, en cambio, es mucho más cínica, ya que su *muerto* y cornudo esposo —quien cuenta su propia muerte y entierro en primera persona— la ve a punto de abrazar al amante delante del cadáver mismo. Toda la hipocresía de esta mujer se hace evidente a través de los comentarios mentales que va haciendo mientras reza el Padre Nuestro. Pero como la Mónica de *El doctor Pértinax* —relato éste en que podría verse una especie de antecedente de *Mi entierro*—, no pasa de ser el esbozo de un tipo de mujer. Tampoco pasan de ser tipos las mujeres del tercer texto zaragozano de 1882, *Avecilla*: la honrada, recta y no demasiado imaginativa esposa del escribiente don Casto Avecilla, y la modesta e inocente hija de ambos, cuyas románticas ilusiones acerca de la proyectada excursión al teatro se ven defraudadas ante el vergonzoso espectáculo de su padre palpando en público la pantorilla de la grotesca mujer gorda. Fácil, también, es la explicación de don Casto, llorando años después a su hija deshonorada por un subteniente de infantería:

«¡Yo la prostituí aquella maldita noche, por no llevarla a un teatro clásico, por querer ahorrar ocho reales!»»

Dos textos escritos en Madrid en junio de 1883, ambos preparatorios para *La Regenta*, contienen, entre otras cosas, ideas acerca de la mujer que habrán de manifestarse, también, en esta novela. El prólogo de Leopoldo Alas a *La cuestión palpitante* de Emilia Pardo Bazán, fechado el 14 de dicho mes (Torres, 132-39), es, por excepción, un comentario respetuoso y elogioso para esta autora acerca de quien, poco después, empezaría a echar pestes. Después de una definición del naturalismo, pasa Clarín a distinguir a la Pardo Bazán de las literatas, llamándola «un sabio» y volviendo a su condena de aquella denostada especie. Si «las mujeres que escriben mal son poco agradables», concluye, «lo mismo les sucede a los hombres», pasando a censurar vehementemente a los malos escritores de todos los tipos, a quienes acusa de ser, a su vez, «del sexo débil, porque en el literato envidioso hay algo del eterno femenino», comentario que deja transparentar su profundo desprecio hacia la mujer. Con el otro texto, un relato largo titulado *Las dos cajas*, introduce Clarín en su arte narrativa un nuevo tono, el de la ternura, en donde la perspectiva por lo general altiva, superior, adoptada antes frente a sus personajes se convierte aquí en una compasión que raya, a veces, en lo abiertamente sentimental.¹² El comienzo del matrimonio del violinista Ventura es ideal: vive en una agradable casita con una hermosa mujer que le adora, y toma muy en serio la responsabilidad que significa para él ser padre de un niño, también idealizado: un «ángel rubio» (IV). Tras unos aprietos económicos y otras peripecias, Ventura termina tocando el violín en un ínfimo café de Zaragoza. Ahí le acompañan el hijo y la «digna esposa, el consuelo constante de tantas pesadumbres, [...] que apoyaba un codo en la mesa de siempre y contemplaba amorosa a su marido» (V). En esta rutina de una familia ideal entra un simpático melómano, un subteniente de caballería (¡otro militar!), a quien termina gustándole, más que la música, la mujer del violinista. Los sentimientos de la que había sido siempre «muy fiel esposa» están descritos con una vaga imprecisión: parece que había percibido en su marido «una profunda tristeza, una desesperación resignada, atónita, humilde, casi servil, que le daba frío y sombra en derredor» (IV). El marido descubre —sin que ella se entere— las miradas entre los dos; el niño cae enfermo y muere; la esposa también se enferma. Cuando se mejora es enviada, sola, a casa de su madre. Así acaba uno de los más *delicadamente* narrados adulterios que saldrían de la pluma de Leopoldo Alas, cuya protagonista femenina, aparte de esa pequeña «debilidad» suya, es un modelo de resignación cristiana y obediencia

12. Este contraste se hace más patente si se compara el cuento con el relato en que se inspiró, según señaló en «*Las dos cajas* de Clarín y otras dos de Marsillach».

conyugal, y, como personaje femenino, mucho menos convincente, por supuesto, que la duquesa del Triunfo... Carmen, la *perfecta pecadora*, resulta bastante insípida.

En 1884, año en que empieza la redacción de *La Regenta*, escribe Leopoldo Alas en Oviedo dos divertidos retratos de tono costumbrista, *Bustamante* y *El hombre de los estrenos*, en que las mujeres que ahí aparecen de paso son meros tipos convencionales; y el cuento *Zurita*, una deliciosa narración de las vicisitudes del pobre filósofo Aquiles Zurita, quien pasa su vida escapándose de las garras amorosas de una serie de damas frustradas, ninguna de las cuales ofrece gran interés aparte de lo anecdótico. Esto no quiere decir que Clarín no estuviera pensando en las posibilidades literarias del sexo opuesto, como comprueba una cita de su comentario, publicado el 6 de julio de 1884, a la novela galdosiana *Tormento*: «en general, la mujer está poco estudiada en nuestra literatura contemporánea; se la trata en abstracto, se la pinta ángel o culebra, pero se la separa de su ambiente, de su olor, de sus trapos de sus ensueños, de sus veleidades, de sus caídas, de sus errores, de sus caprichos [...]» (...*Sermón perdido*, 65-66). El personaje de Ana Ozores en *La Regenta* será, como lo había sido antes el de la duquesa del Triunfo, su respuesta a tal situación negativa, pero una respuesta en la que la estética del naturalismo será matizada por ciertos elementos idealistas, hasta sentimentales, tan claramente anticipados ya en el relato *Las dos cajas*.

BIBLIOGRAFÍA

- ALAS, Leopoldo («Clarín») (1879): El amor y la economía», *Revista de Asturias*, 15 julio.
- (1879): «Cartas de un estudiante. Las literatas», *La Unión*, 27 junio.
- (1916): *Doctor Sutilis*, Madrid, Renacimiento.
- (1878): *La mujer. Defendida por la historia, la ciencia y la moral*, por E. RODRÍGUEZ SOLÍS, «Libros y libracos», *El Solfeo*, 21 febrero.
- (1976): *Pipá* (1886), Ed. Antonio Ramos-Gascón, Madrid, Cátedra.
- (1885): ...*Sermón perdido*. (*Crítica y sátira*), Madrid, Fernando Fe, 65-66.
- (1971): *Solos de Clarín*, 1881, Madrid, Alianza.
- BÉCARUD, Jean (1977): «*La Regenta* de "Clarín" (1964), *De La Regenta al Opus Dei*, Madrid, Taurus, 11-30.
- BESER, Sergio (1960): «En torno a un cuento olvidado de Leopoldo Alas», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 231 (marzo), 527-548.
- BOTREL, Jean-François (1972): *Preludios de «Clarín»*, Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos.

- CABEZAS, Juan Antonio (ed.) (1966): *Obras selectas* de Leopoldo ALAS, «Clarín», Madrid, Biblioteca Nueva.
- IBARRA, Fernando (1974): «Clarín y la liberación de la mujer», *Hispanófila*, 51 (mayo), 27-33.
- LISSORGUES, Yvan (1980): *Clarín político I*, Toulouse-Le Mirail, Institut d'Etudes Hispaniques et Hispano-Américaines.
- LISSORGUES, Yvan (1983): *La pensée philosophique et religieuse de Leopoldo Alas (Clarín) - 1875-1901*, París, Editions du CNRS.
- OLEZA, Juan (1985): «*La Regenta* y el mundo del joven "Clarín"», «*Clarín* y su obra. En el Centenario de «*La Regenta*», Ed. Antonio Vilanova, Barcelona, Universidad de Barcelona, 166-172.
- RICHMOND, Carolyn (1987): «Análisis de un personaje secundario de *La Regenta*: Don Saturnino Bermúdez», «*Clarín* y *La Regenta* en su tiempo», Oviedo, Universidad de Oviedo.
- (1984): «*Las dos cajas* de Clarín y otras dos de Marsillach: Una fuente literaria desconocida», *Hispanic Review*, 52.4 (autumn), 459-475.
- (1984): «El heroísmo irónico de Vetusta», *Los Cuadernos del Norte*, 5.23 (enero-febrero), 82-86.
- (ed.) (1983): *Treinta relatos* de Leopoldo ALAS, «Clarín», Madrid, Espasa-Calpe.
- TORRES, David (ed.) (1984): *Los prólogos de Clarín*, Madrid, Playor.